

Escritos de los sobrevivientes de Banco y Olimpo



A las compañeras y compañeros

posdata

ÍNDICE

Prólogo, Daniel Constantini	7
El hincha, Enrique Ghezan	13
Lucy y Pepe, Enrique Ghezan	23
Luz en la oscuridad, Graciela Trotta	33
Mi cumpa, Graciela Trotta	39
Miradas sobre un mismo encuentro, Elsa Lombardo	47
La vida bajo la mesa, Isabel Cerruti	53
Lacarra y Rivadavia, Jorge Taglione	57
Operación basura, Jorge Taglione	63
El amor del Serenata y la Mori, Jorge Taglione	71
Día de la victoria en Olimpo, Jorge Taglione	77
La cieguita que vio colores, Jorge Taglione	85
Las peñas de quintana, Jorge Taglione	89
La misa de las estrellas, Jorge Taglione	95
El gran traslado, Jorge Taglione	101
Y todo esto pasaba mientras, Jorge Taglione	107
Flores, Isabel Cerruti	113
Velas, Isabel Cerruti	119

Siempre hoy es ayer, Isabel cerruti	123
Pepe, Adriana Fernández	130
Las noches, Isabel cerruti	136
Túnel de hormigas, Adriana Fernández	140
Hacerse en instantes, Adriana Fernández	148
Cantar para siempre, Adriana Fernández	152
Apostar a la vida, Adriana Fernández	156
Nacer, Ausencia, Búsqueda de identidad,	160
Norberto Berner	
Posdata, Jorge Horacio Merola	172

el prólogo

Bajar con paso lento las escaleras del infierno, encontrar los relatos que nos muestran el horror, la pesadilla de las cadenas y el tabique, las vendas en los ojos y los golpes, pero también comprobar que, en medio de ese horror, de esa oscuridad de los tubos de 2 x 1,5 metros con cuchetas de cemento podía filtrarse un rayo de luz y hacer que creciera una plantita de zapallo con su flor amarilla.

Nos llevan a entrar en la cotidianeidad del espanto, de las torturas más atroces pero también de la solidaridad, cuando nos cuentan cómo se organizaban para la operación basura: el rescate de los restos de puchos para reciclarlos, armarlos y repartirlos entre los

compañeros o la expropiación de sachets de leche para dárselos a las compañeras embarazadas o cómo fabricaban artesanías con los huesos de caracú que podían rescatar para cambiárselos a los guardias por comida.

Para el que nunca vivió la tremenda experiencia de estar detenido en un centro clandestino es difícil entender lo cotidiano de ese espanto. Hemos escuchado testimonios que nos perturban y nos muestran el límite de la atrocidad a la que pueden llegar estos seres oscuros y desequilibrados haciendo uso del poder que les otorga un estado terrorista y con la impunidad para dar rienda suelta a sus más aberrantes perversiones. Estos relatos nos muestran eso: el turco Julián con su brazalete nazi, descargando su furia especialmente contra los detenidos de origen judío, o descansando de su atroz tarea en la misma “parrilla” donde torturaba. El alférez que organizaba peñas y obligaba a los detenidos a cantar y tocar la guitarra y a bailar para dar el gusto a sus estrafalarias fantasías. O aquél que le mostraba a un detenido la bala con la que lo iba a matar. El ritual de escuchar la misa dominical que emitía el canal 9 y el

rezo de padrenuestros y ave maría y los castigos a los que no sabían hacerlo. Mientras esto sucedía, la voz de Rafaela Carrá entrando por algún lado de ese hormiguero infernal donde cada uno tenía asignada una tarea.

Pero también nos llevan al mundo de la poesía, la detenida que se fuga desdoblándose, viendo a su cuerpo maltratado y dolorido como algo ajeno y en ese vuelo, abrazando a su bebé. O nos muestran cómo es posible el amor entre dos detenidos que nunca se vieron pero que se intuyen y se aman a través de los tabiques. La detenida liberada que visita la casa de su compañera de cautiverio quien aún sigue desaparecida justo en el momento que la patota llega a esa casa y que entonces debe ser escondida entre muebles y trastos viejos. La poesía desgarrada de Isabel Cerruti que con parábolas amorosas nos habla del horror. Las flores como ofrendas de vida

El homenaje al compañero ausente, al pepe, guitarrero y corajudo entrevistado en el andén del subte.

Quiere decir que estos relatos en definitiva son un profundo canto de amor, una apuesta a la esperanza y nos demuestran el hecho irrefutable que solo somos si

nos miramos en el otro, solo con el otro tenemos identidad. Solo somos en la medida en que haya memoria y justicia, dice una compañera en su relato. Y lo une a la figura de la Patria es el otro, ese otro que, junto a muchos otros, con la fuerza inconmensurable de nuestros corazones y de nuestras convicciones, haga realidad para siempre el sueño de los queridos 30000 de construir la verdadera patria sin exclusiones, con justicia, con memoria y con la alegría de ser y de estar vivo en el otro.

el hincha

*Para Juan Carlos Rugilo, “el loco Serenata”, y
para quienes lo recuerdan.*

Cómo se habría puesto el loco Serenata, fue lo primero que pensé, te juro, cuando la pantalla de la tele explotó con imágenes de Vélez campeón, y se me hizo una cosa acá y me entraron a picar los ojos. Yo soy bostero. Bostero de nacimiento. Pero desde que... miro todos los partidos de Vélez, qué se yo, es como una obligación. No, una obligación no, más bien un compromiso. Entonces, te decía, mientras miraba la tele me puse a pensar en el Sere, en cómo gritaría mientras los muchachos corren a abrazarse y se tiran al suelo en montón y después el Poroto Cubero levanta la Copa y viene Iván Bella a quien también llevan en andas y le toca el hombro y las tribunas tiemblan. Sí, el loco se

rompería la garganta gritando “¡Grande, Gareca!” y habría que aguantarlo, insoportable por semanas y semanas gastándonos a todos. Claro que después de los gritos se habría quedado sin aire porque era asmático y fumaba, el gil.

Se llamaba Juan Carlos Rugilo, pero en el barrio le decíamos el loco Serenata, porque era muy divertido. Pintón. Bah, qué se yo, los hombres mucho no sabemos de esas cosas, pero a las minas les gustaba. Era entrador, con las minas, digo. Cuando me acuerdo de él lo veo como la última vez que nos cruzamos: morocho, frente ancha, el pelo largo y lacio, no muy alto pero con buena caja. Una vez le dije que se parecía un poco a Serrat y me mandó a la mierda. Pero tenía un aire, qué se yo, para mí que tenía. Pasame la botella. Gracias. ¿Qué te iba diciendo? Ah, sí. Andábamos siempre juntos, acá en Floresta. No, nunca salí del barrio y el Sere tampoco, aunque no sé si después él... Nos juntábamos en un café parecido a éste, el Flecha, que quedaba en Alberdi y Olivera, o en una pizzería que quedaba más allá, en Olivera y Rivadavia. Marta, Rivera, Mónica, el Sere, Daniel... Ahora que soy viejo casi no puedo creer lo

jóvenes que éramos. Nos metíamos todos en el local de los gallegos y nos pasábamos las tardes con un café roñoso. Discutiendo de política, sí. Y hablando de la vida, qué se yo, jugando a la monedita muertos de risa para ver quien pagaba. Pero eso fue después, sí, disculpame. Era de Vélez de nacimiento, como yo soy bostero ¿Te dije que soy bostero? Ah, ya te lo dije, sí. Lo que pasa es que el Sere era sobrino de Miguel Armando Rugilo, que le decían “EL león de Wembley” porque como arquero de Vélez fue ahí, en Wembley, donde salvó al equipo de que los cagaran a pelotazos. Ese día se atajó todo, todo, y en Inglaterra, qué capo. El Sere también jugaba de arquero y del tío le venía ese fanatismo que a los demás nos hinchaba las pelotas pero medio admirábamos también. Sí, fanático de Vélez. Y peroncho. ¿Te dije que el Sere era peroncho? No te lo dije. Era; a él que no le fueran a tocar al General. A mí en esa época mucho no me interesaba la política. Después sí. Perdoname, los años se me mezclan un poco ¿me entendés? Yo en ese tiempo era chorro. No me mirés así, tampoco era el Gordo Valor. Choreaba un poco, nomás. Nunca anduve calzado. Casas vacías, algún

kiosko. Poca cosa y apenas para ir tirando. Y no era el único, eh. Había otros y también eran amigos del Sere. Chorro y poeta, era yo. Sí, no te asombrés, una cosa no quita la otra. Cuando nos juntábamos los muchachos me pedían que me recitara algo y yo no me hacía rogar. Casi siempre los domingos, después de los partidos. ¿Te dije que soy bostero? Ah, bueno, te sigo contando del loco Serenata. Yo era mayor que él, bastante, pero éramos amigos. De los de veras ¿eh? Nos juntábamos en un café que quedaba en Alberdi y... ¿eso también te lo conté? La política, sí. Íbamos al café y hablábamos de política. En esa época se hablaba mucho de política. Mucho y en todas partes. Una vez me salió mal un “negocio” y pasé una temporadita a la sombra. Hasta en cana se hablaba de política y uno aprendía cosas. Por ejemplo, me acuerdo... No, si estás apurado... Con Daniel y los otros se juntaban en la 22, que era como una Unidad Básica Revolucionaria pero antes de que existieran. No, no puedo ser más claro, te repito lo que me contaba el Sere. Después se separaron. Daniel agarró para las FAR y el Sere se hizo monto. Lógico. Era peroncho y peroncho de barrio, no como los otros que

venían de la Universidad, los extranjeros. A esos se les animaba, les discutía, en eso era de los pocos. Sí, por supuesto que siguió yendo a la cancha ¿cómo no iba a ir? Iba y después te reventaba la cabeza contándote las jugadas. Lo recuerdo con los ojos brillantes, pura pasión futbolera, diciéndonos que Vélez era el mejor cuadro del mundo. Después... Estaba un poco más flaco y se había dejado un bigote impresionante, con las puntas para arriba como un famoso que no me acuerdo cómo se llama pero que era pintor. Se lo tocaba todo el tiempo al bigote, acomodándose las puntas.

Le gustaba a las minas. No, el bigote no, el Sere les gustaba. Y él tenía una cosa con las minas... Las trataba como si las cuidara, qué se yo. Adentro fue igual, me contaron. Del pozo, adentro del pozo, cuando cayó. Sí, en el 78. Estuvo en El Olimpo, acá en Floresta. Por eso te decía... Aguantame un cachito. Debo estar por resfriarme, como que me molesta la garganta. Yo hablé con uno que estuvo en el pozo con él. Uno que era monto y zafó. Él fue el que me contó de los bigotes, y también me contó que era de los pocos que iba vestido con su ropa porque era amigo de las chicas de la

lavandería. Te dije, el Sere con las minas... Adentro tuvo quien lo quisiera y eso me pone contento porque por lo menos... Como si lo viera: unos jeans angostitos, remera oscura y botitas. ¿Te dije que era petiso? Era, y usaba unas botitas de caña corta con un poco de taco. Sí, a nosotros también nos daba risa, pero mucho no podías decirle porque te cagaba a trompadas. Con eso no se jodía, era como tocarle a la madre, a Vélez o al General. También me contó que estando adentro, los domingos se moría por saber cómo había andado Vélez. Parece que a las seis de la tarde le entraba la desesperación. Qué increíble, pensar en los hijos de mil putas de los guardias, que por ahí le deben haber hecho cualquier cosa, hablando con el Sere del torneo. Me dijo el tipo que en el pozo había unos guardias que hablaban en guaraní y eran fanáticos de Boca. Como yo, bosteros ¿te dije que soy bostero? Ah, sí, los paraguayos, me dijo que les decían a esos guardias, pero que no eran. Norteños. De Formosa, de Chaco, de Misiones, creo que había uno de Corrientes... hijos de mil putas, qué importa de dónde vengan. También había uno de River que, según el tipo que me contó estaba medio quebrado. Hijo

de mil putas también, digo yo, si no estaba convencido por qué no se salió de la porquería. La cosa es que hablaban con el Sere de futbol y él les preguntaba sobre Vélez. Cómo había salido en esa fecha. Cómo iba en el campeonato. Contra quién jugaba la fecha siguiente. Cuesta pensarlo ¿no? él preso y ellos guardias, palos tan distintos, hablando de lo mismo. Una misma pasión. A lo mejor por ese rato se borraban las diferencias y sólo quedaba la pelota, que no se mancha, como dijo el Diego. Pero en un lugar así cómo puede haber algo limpio, digo yo. Mientras el tipo hablaba yo pensaba si me iba a animar a preguntarle qué había sido del Sere. No me animé, pero lo mismo me lo dijo. A ver, aguantame un cachito, por favor. Ya sigo. Debo haberme resfriado. Ya está. A esta altura no sé lo que te dije.

¿Sabés que pienso a veces? Pienso que tiene que haber un cielo para tipos como el Sere. Un cielo donde siempre gane Vélez. Te lo digo yo, y mirá que soy bostero. Tiene que haber un cielo donde esté el loco Serenata festejando los goles de Ferreyra, viendo al Poroto levantar la Copa, gritando una y otra vez y por la eternidad Vélez campeón.

lucy y pepe

*“No había esa cosa de ser militante y ser frío,
no se puede,
el militante era de sangre caliente,
o sea, se ponía y se discutía
todo lo que tenía que ser discutido
y se consensuaba y se accionaba, era así”.*

Mi amor. Mi amor. ¿Cuánto se puede soportar?
¿Cuánto más se puede soportar? Quiero morirme, ah, sí,
morirme y dejar de sentir los dolores, los olores, los
aullidos de los compañeros y los nuestros. Pero morir
sería dejarte solo aquí. En el infierno. Solo con el odio
que te tienen. Te odian, mi amor. Por chileno. Por
peronista. Porque te faltan las dos piernas. Porque me
tenés a mí, amor.

*Trudy era la piba de Vicente López, que nació en una
familia de argentinos descendientes de alemanes, era la
rubiecita varonera, linda pero nada delicada, artística,
poeta. Ya desde su infancia era compañera por sobre*

todas las cosas.

Era la hija de Ana Luisa y de Gustavo, la hermana de Erica, la nieta de Gertrudis.

Trudy fue esta mujer de 18 años capaz de dejarle como despedida a su madre un poema de Khalil Gibran pintado en la puerta de un placard para que no se olvidara «que tus hijos no son tus hijos son los hijos de la vida»...

Trudy fue la mujer de Pepe, su compañera, y compañera también de la familia de Pepe que no eran solo sus parientes de sangre, sino todos los discapacitados a los que pudieron llegar con su discurso, sus obras y sus convicciones.

Trudy fue esta mina, que le explico a su padre en una carta que ella no se podía quedar en su casa comiendo pan caliente todos los días mientras otros no tenían para comer.

Trudy fue montonera y se llamo «Lucy».

El culatazo de la Itaka me deformó la cara, pero ellos saben que soy linda. Linda y rubia. No lo aguantan. Saben que si estuviéramos afuera, ellos y nosotros,

jamás, pero jamás, podrían ponerme un dedo encima. Este, mi pobre cuerpo mortificado, te pertenece, amor. Y ellos lo saben. Porque yo te elegí. Chileno, peronista y mutilado. Por eso te odian, mi amor, e intentan degradarte de maneras que ninguna persona que no habite este infierno podría imaginar.

Pepe era ese chico morocho y sonriente, que nació en Santiago de Chile, el hijo de Buscarita y de José.

Pepe era este pibe solidario desde la cuna y comunista desde que entendió que en este mundo injusto unos pocos tienen mucho, muchos tienen solo hambre y que algo había que hacer entonces.

Pepe fue este pibe de 13 años que organizó una escuela para niños pobres en su casita de Santiago, que no dejaba que sus hermanos usaran los lápices y cuadernos de sus alumnitos. Pepe era este tipo pensante, inteligente que leía a Neruda y se quería parecer al «Che».

Por eso me odian, y por eso el monstruo me arrastró desnuda de los pelos, y sentí los ojos de los otros

monstruos clavados en mi carne escuchando sus gritos y sus risas. Mi cuerpo desnudo los insulta. Tu cuerpo mutilado los enardece más. No logran explicar nuestro deseo: y ahí está nuestra hija, la prueba irrefutable. Nos odian, amor. Porque mutilado sos más hombre que todos ellos juntos. Porque no tenés piernas, pero ellos no tienen alma.

Pepe fue este adolescente de 16 años al que un tren le cortó las dos piernas y nada mas, ni la sonrisa, ni la dignidad, ni la determinación.

Pepe se convirtió en aquel hombre que vino a la Argentina, que consiguió sus piernas ortopédicas y aprendió a vivir con ellas y en ese proceso conoció a otros jóvenes, lisiados, discapacitados y los unió bajo un objetivo en común. Les enseñó que tenían un lugar en la sociedad y que debían luchar por el. Lucharon juntos, y consiguieron sancionar una Ley que los representara. Juntos compartieron desayunos a la chilena preparados por Buscarita, recitales, marchas de protesta, militancia.

Y yo paso los días entre ropa que no nos pertenece, que no pertenece a los que compartimos el martirio, lavando y esperando el minuto para verte. Cuando lo logro, cuando veo tu sonrisa hermosa, siento algo parecido a la esperanza. No dura mucho. Aquí, en el infierno, lo sabés, la esperanza es agüita y se evapora.

A Trudy la conoció en el centro de rehabilitación, una chica que era su compañera, porque era argentina descendiente de alemanes, muy linda ella, preciosa. Era voluntaria del Instituto, ahí la conoció y se fueron a vivir a Guernica, se alquilaron una casita cerca de donde vivíamos nosotros, y empezaron a vivir juntos, y ahí queda embarazada Trudy de la niña. A todo esto andaban medio que unos para acá, otros para allá, que dejaban la casita, que se iban a la casa de la madrina de la nena.

A veces sueño que estamos afuera. Nos reímos. Yo tengo puesto un vestido azul y vos vas al lado mío, en tu silla, y cerca de nosotros está el mar, y cerca de ese mar está Victoria. Huelo la sal y el yodo de las algas perdidas en la playa y veo la inmensidad del agua, las olitas

rompiendo sin apuro, un junco apenas movido por el viento. Unos pilotes rotos. El aire azul y limpio. Me inclino y nos besamos, me acariciás el cuerpo en la tarde perfecta.

Trudy entra en nuestras vidas y bueno, era linda, era linda, era guerrera a mi me encantaba verlos discutir porque no le aflojaba nunca, era de armas tomar. Cuando había discusiones Pepe se quedaba a dormir en Capital y a Trudy no le gustaba y él le explicaba por qué, porque le daba más facilidad de salir más temprano a laburar, porque tenía reuniones acá en Capital y ella con los platos le tiraba, y vos la veías y era tan dulce, era tan chiquita, o sea, tan chiquita pero tan grande al mismo tiempo, una mujer con decisión.

Con Trudy salíamos a pegar Obleas, ella ya estaba embarazada, salíamos a pegar Obleas en los colectivos y ya la dictadura estaba encima, ya estaba el momento en que no se podía, todo se hacía en clandestinidad, siempre cuidándose, mirando para todos lados.

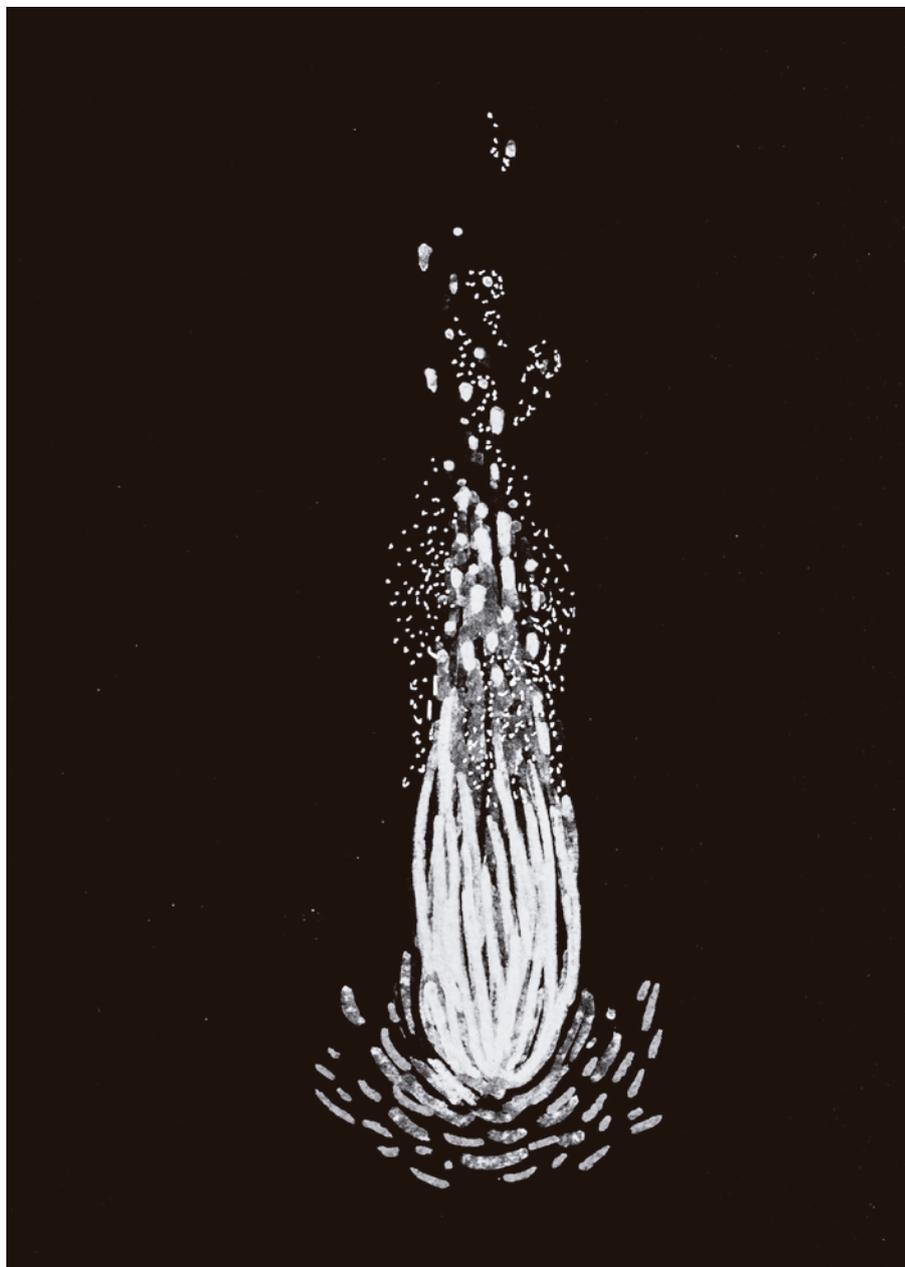
Un segundo antes de terminar de despertarme,

cuando alguien grita y sé que voy a abrir los ojos y otra vez ocuparé mi lugar en el infierno, es cuando más quiero morirme. Pero enseguida recuerdo que estás vos. El odio de ellos ensañándose con vos. Los monstruos tratando de destruir en vos al hombre. Entonces no me quiero morir, para no dejarte solo.

Yo no la recuerdo, pero mucha gente sí la recuerda. Viva y activa, diciendo la verdad y yendo de frente. Amando, odiando, jugando, peleando. Yo no lo recuerdo, pero mucha gente si lo recuerda. Vivo y fuerte, pensando, peleando y dando, siempre dando. A través de esos recuerdos ellos están vivos de nuevo y su mirada, su sonrisa y sus acciones marcan un camino que sigue vigente, que no pudieron destruir.

Esos sueños que tenían nuestros compañeros, nuestras compañeras, son los sueños que hoy yo siento que estoy en un lugar donde puedo transmitirlos. Esos sueños de salud, vivienda, educación.

luz en la oscuridad



Año 1978

Afuera es de noche. Adentro está muy oscuro.

Afuera amanece pero adentro sigue oscuro. Si afuera es invierno, tengo frío. Si afuera es verano sigo teniendo frío.

Me duermo con olor a carne quemada y lamentos; me despierto con olor a carne quemada y lamentos.

Escucho en la radio a Rafaela Carrá: Que fantástica esta fiesta...

Pasan los días y las noches. Siempre igual, todo igual.

Los dioses del Olimpo se pasean, se ríen como hienas. Miran mi panza que crece tanto como mi miedo. Me pregunto ¿cuándo terminará todo esto?

Recuerdo oraciones que me enseñaba mi madre, pienso lugares y personas amadas, me elevo, me voy. Queda mi cuerpo pero yo ya no estoy ahí.

Hasta que cierto día ponen un bebé en mis brazos. Lo sostengo fuerte. Nos miramos. Lo acuno. Lo huelo y le canto una canción de cuna. Piel suave, olor a vida que se abre paso entre tanta muerte.

Me sonrío, es una nena. ¿Cómo se llamará?

Pasa un tiempo ¿cuánto?... Se la llevan. ¿Adónde ?...

Año 2001

Y llegan otros tiempos. Empiezan los juicios. Me muestran fotos, reconozco. ¡Y digo que esa es la nena que yo vi! La llaman Landa.

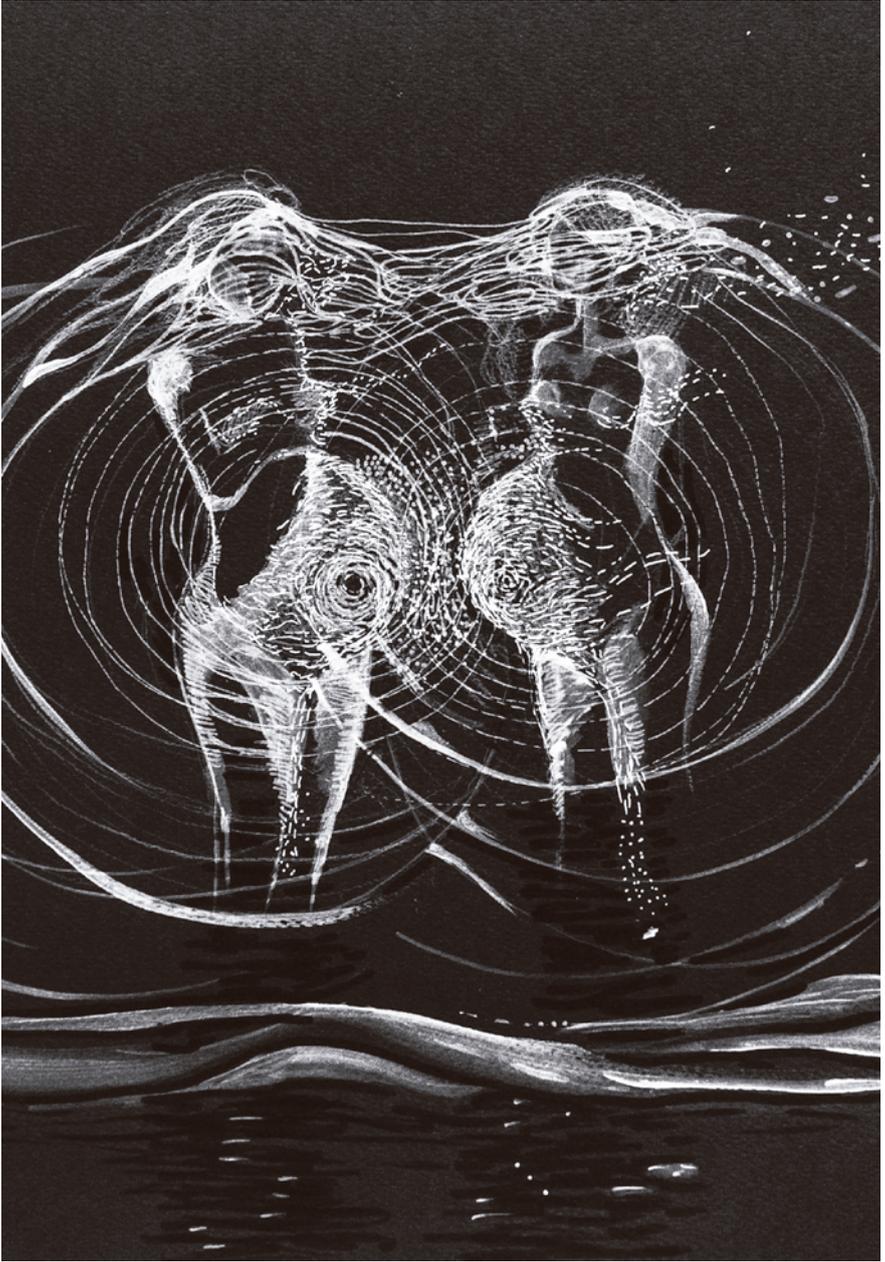
Sigue el juicio.

Año 2010

Ahora la nena es una mujer. Nos encontramos y le pregunto su nombre Me dice: me llamo Victoria. Victoria Poblete.

Mis brazos la vuelven a rodear. Esta vez, ella también me abraza.

mi cumpsa



Me llamo Graciela Trotta, tengo 56 años, soy psicóloga. Vivo en Mar del Plata y tengo tres hijos.

Quiero con estas palabras brindarle homenaje a mi compañera de cautiverio, Lucia Tartaglia, intentando, aunque solo lo logre parcialmente, describir su actitud, dentro del campo de concentración.

Lucia era una joven valiente, que, supo conservar sus valores solidarios aún en las peores condiciones.

Compartimos las horas más tristes que dos mujeres embarazadas pudieran padecer. Sin embargo, escribo estas líneas para agradecerle la ayuda que me brindó para poder tener el valor de enfrentar cada día, pensando que podía ser el último, con entereza y coraje.

Coraje que nos permitió llevar adelante un embarazo en las peores condiciones, con hambre, con frío, lejos de nuestros seres queridos y con el miedo diario a perder nuestro hijo o nuestra vida.

Lucia estuvo sometida a trabajo esclavo durante su cautiverio, como tantos compañeros que, por sus habilidades podían brindar servicio a los salvajes que regenteaban el campo de concentración.

Esta posibilidad era aprovechada para acercarme algún dulce, comida o abrigo, que conseguía para ella pero que nunca dudó en compartir conmigo. En una situación límite como la que cuento, pueden imaginarse que cada cosa compartida, tiene un valor difícil de olvidar, tampoco voy a olvidar nuestras charlas que eran susurros para que nadie nos escuchara.

En esos momentos, conocí Santa Rosa sin haber viajado nunca y ella el mar, que tanto extrañaba. A sus hermanos y a su madre y ella los míos sin haberlos visto y nos prometimos ser consuegras, porque alucinábamos tener ella una mujer y yo un varón.

Soñamos la libertad, en pleno cautiverio porque nuestras palabras eran un espacio para la libertad.

Lucia confiaba en que nos iban a llevar a una granja para “recuperarnos”; ahí estaríamos con nuestros hijos. Y a mí me gustaba creerle.

Nos llevaron a vacunar a un lugar que nunca pude reconocer. También a una iglesia, para que nos persignáramos, salidas que confirmaban sus sospechas de que nos iban a liberar después de tener nuestros hijos.

La última noche que recuerdo junto a ella fue la de navidad. Conversamos mucho, nos prometimos todo. Luego, sus contracciones de parto. La despedida. El abrazo fuerte. Mi desesperación y su entereza, su convicción de que íbamos a reencontrarnos. Mi llanto y su sonrisa. Siempre su sonrisa.

Cuando me dieron la libertad, encontré una foto enorme que tenían las abuelas con la fecha de su desaparición y el pedido para encontrar a su hijo con fecha probable de parto.

Imaginen por un momento mi desesperación, la impotencia y luego...lo que siguió... declarar por ella en cada juicio para que su desaparición no quede impune. Para que sean castigados los verdugos de todos los

que, como ella, han mostrado su compromiso militante antes y durante su cautiverio.

La extrañé, extraño y extrañaré todos los días de mi vida. Su recuerdo me acompaña constantemente y me obliga a no bajar los brazos y continuar en la búsqueda de su hijo. ¡El mandato fue desaparecerás! Un mandato inhumano. Por eso nos seguimos juntando para homenajear a quienes resistieron, a quienes históricamente vuelven para iluminar caminos de liberación que existen todavía.

Nos juntamos y al recordarlos los inscribimos en la historia y no desaparecen sino que dan testimonio.

El desafío es quebrar el legado nefasto siendo protagonistas y hacedores del tejido de una inmensa red social donde cada uno de nosotros sea un nudo que la refuerce.

Está en nosotros hacer algo para la acción: juntarnos y romper el silencio, juntarnos y vencer el miedo. Es un proyecto y un compromiso ideológico.

*miradas sobre un
mismo encuentro*

Había llegado temprano a la casa de Chabela, detenida y desaparecida en el Olimpo junto a su compañero Enrique Ghezan.

Su bebé, Nahuel estaba con los abuelos maternos en Capital y gracias a habernos pasado datos por si alguno salía antes, enfilé para Defensa y Estados Unidos, temprano, como dije, a fin de observar bien el lugar y que estuviera libre de coches y personas raras, o sea de represores.

No era la primera vez. La amabilidad de la familia me hacía sentir cómoda y no encontraba otra forma de mostrarles mi solidaridad, ya que yo había sido liberada y ellos no. Pero también sentía temor ya que la amenaza

pesaba sobre mí: Si te vemos metida en algo o con relacionada con alguien, no te vamos a perdonar. Yo voté para que salieras con vida. Veo que no estás quebrada. Si hubiera sabido, no salías viva.

Sobre la media mañana sonó el timbre. Como era costumbre familiar, se asomaron al balcón del primer piso.

-¡Es Chabela. Viene Chabela!

-Escondan a Elsa. Llévenla arriba al cuartito de los trastos-. La mamá daba las órdenes en voz baja y con apresuramiento poco habitual.

Debajo de unos muebles y cubierta con ropa y frazadas, esperé con la respiración contenida. Unos pasos que subieron me pusieron en alerta. Una sombra y un rollito que se deslizaba por debajo de los objetos. Era un sandwich que la mamá de Chabela me mandaba. Cosa de no creer.

Rato después, unos pasos firmes se hicieron sentir. Rigidez total. La voz me paralizó:

-Lili, soy Chabela.

Emergí hacia la puerta y me encontré con una Chabela muy pálida. El abrazo fue largo, emocionado.

No recuerdo qué nos dijimos. Ella volvió junto a su hijo y luego se fueron.

Durante mucho tiempo conté esta anécdota. Siempre repetí que ese día, me había salvado de ser nuevamente desaparecida y quizá para siempre, arrastrando detrás de mí a Chabela y a Quike. Quizá a alguien más de la familia, que con tanta naturalidad me habían recibido. La maldad de los secuestradores Nunca tuvo límites.

Y sé que mi mirada no fue la única. Isabel Fernández Blanco (Chabela) e Isabel Cerruti (Mori) contaron este encuentro desde otra mirada más esperanzadora.

la vida bajo la mesa

-¿Sabías si de acá sale alguien vivo?

-no sé

Un no sé que me pareció ruin, ajeno, auténtico,
siniestro.

-Porque me dijeron que a Juan lo liberaron, pero no
sé.

-no sé

Otra vez un no sé, que en realidad yo creía que
mentía. Yo creía que nadie salía vivo o nadie se va
liberado.

De pronto se llevan a la compañera del tubo de
enfrente diciéndole que la llevaban a ver a su hijo
Nahuel que estaba con sus abuelos. Y así fue.

Era primavera, porque a pesar de todo, las primaveras continuaban.

Ella volvió y explotó la primer esperanza, la primera certeza, el primer sí a aquella pregunta de Claudia.

Si Elsa que había sido supuestamente liberada, estaba en la casa de los abuelos de Nahuel cuando llevan a su mamá, casualmente fue a visitarlos, la mamá de Isa, al ver que venían los represores, hace correr a Elsa a un cuarto y la esconde debajo de la mesa y la cubrió con manteles.

-Sí, mi vieja le pidió permiso para llevarme a ver a Nahuel, entramos, levantó los manteles y ahí estaba.

-Elsa está viva, la liberaron.

-A los pocos días de lo que escuchamos se nos mezcla la alegría por la compañera y un inmenso júbilo que se nos salió del pecho, una emoción hacia adelante que otras veces se vio truncada, pero que nos permitió una sana, sufriente y esperanzadora incertidumbre de vida.

lacarra y rivadavia

Promediando el año 1978, de todos los secuestrados, detenidos, desaparecidos, en el C.C.C.A. Olimpo, privados de la vista por el uso obligatorio de vendajes en los ojos (inter-namente denominados “los tabicados”), sólo el Loco Serenata y yo, supimos, dónde estábamos exactamente, porque El loco, me lo reveló al tercer día de compartir la Celda 11 (llamado tubo por la estrechez del 2 por 1). Con la voz bajita de miedo y de complicidad me preguntó

-Che, compañero... ¿sabés dónde estamos?

-Qué sé yo, Loco. Ni idea_ contesté perplejo.

-¡Yo sí sé!- me espetó con valentía y decisión. Aclaro que dar datos, y en esa situación, era de muchísimo

peligro.

-¡Yo sé dónde estamos...!

- ¡Pará, boludo...!- dije- ¡Bajá la voz!

-(Bajando a susurro) Ta bien, cumpa...

Pero te lo juro.

-¿En serio, Loco?- pregunté.- ¿En serio?

-Sí, cumpa, sí, te lo juro por mi viejito- contestó.

-¿Y adónde?- pregunté totalmente aturdido.

-Es una playa de autos de la Policía Federal, en Olivera y Falcón.

- ¿Adónde?- pregunté, ignorante.

-En Lacarra y Rivadavia, entre Flores y Floresta.

-¿Y cómo lo sabés, boludo?- le inquirí casi con fastidio.

Y mientras, supongo, porque no podía verlo por la venda, se atusaba lentamente el bigote manubrio sobre aquella inolvidable sonrisa, me confesó, orgulloso militante y peronista:

-Cómo no voy saber, compañero, si la casita de mis viejos donde nací, queda justo acá a la vuelta.

Y fuimos cómplices de aquel secreto que nos reubicó

en el mundo de los que debíamos resistir para sobrevivir, por instinto, sin rumbo al principio, pero que, a través de la historia nos comenzaría a brindar pequeñas, inesperadas, cotidianas victorias estratégicas. ¡Como la historia que les quiero contar inesperadas, cotidianas victorias estratégicas. Como la historia que les quiero contar y que pude llamarla hoy, para todos “Operación Basura”!

operacion basura

El objetivo era complicado. Primero había que ganarse la confianza de la guardia de “Los petisos” (gendarmes) porque eran más blandos y accesibles. De hecho, Charlie , que era el único alto de Los petisos, de vez en cuando nos traía (siempre de noche) los restos de la comida que sobraba en el Casino de oficiales para que nos repartiéramos entre la población, pero debíamos ser sumamente cautelosos, porque no podíamos fracasar.

Nuestro objetivo era la rapidísima transformación de los huesos caracú ya pelados y resto del almuerzo y cena, en atractivas artesanías para variado uso personal y doméstico del personal policial.

El acopio de la materia prima fue inmediato y el comienzo de la manufacturación, tan abrupto que los tiempos de labor tuvieron que regularse para que no se invadieran las horas de descanso de los detenidos desaparecidos del Olimpo.

El primer paso se cumplió

Los miembros de la guardia, deslumbrados por cruces, anillos, dijes y llaveros, consumieron, no solo el stock fabricado, sino también, a pedido. Casualmente, el de cruces cristianas fue el mayor.

El trueque constaba en: suave trato diario, los restos de la comida del Casino de oficiales y traer a los tabicados papel para armar cigarrillos.

Así comenzó el segundo paso

El diabólico movimiento nocturno dejaba montañas de puchos de cigarrillos, algunos fumados solo en parte (irónicamente llamados “puchos sargentos”) , diseminados por doquier.

Y se puso en marcha la “Operación Basura”

Pedí permiso al jefe de la guardia de Los petisos para barrer la basura de los pasillos, de madrugada y, por supuesto, tabicado. El permiso fue rápidamente otorgado; entonces, y con celeridad, la materia prima (puchos apagados) llegaba diariamente al Tubo 11) donde era depurado, seleccionado y armado con el papel previamente negociado y reservado para tal menester. Las unidades recicladas, eran repartidas y de forma igualitaria, entre el sector “fumadores tabicados del Campo Olimpo”

Y allí comenzó el tercer paso

El deambular por todo el campo, nos arrimó a la cocina, donde, de madrugada, llegaban sachets de leche y panes frescos, que nunca se destinaban al sector de tabicados, pero que la “Operación basura” empezó a confiscar día por día, para aumentar, la alimentación de las mujeres embarazadas, secuestradas.

La irrupción temprana, inesperada e intempestiva

del Petiso Rolando Oderas interrumpió mi labor.

-¿Qué hace este hijo de puta acá? Yo pensé que era boleta...

-¡Llévalo al tubo y que no salga...!

Él sabía de un plan premeditado. Esta irrupción terminó con la “Operación basura “. Pero fue solo por ese momento, fugaz momento, porque “el petiso Rolando Odera”, de nombre real Guillermo Antonio Minicucci, Teniente Coronel del ejército Argentino; Jefe Supremo del CCD Olimpo, muerto de muerte natural, no pudo detener el futuro con que hasta hoy aquellas jóvenes mujeres embarazadas, secuestradas, alimentadas durante la Operación Basura, nos honran de por vida, no solo con sus hijos, algunos nacidos en cautiverio, sino también con tantos nietos, hijos nacidos en libertad, de tantos hijos nacidos en cautiverio.

el amor del serenata
y la mori

El tenía a su familia buscándolo por todos lados, pero estaba secuestrado a la vuelta de su casa. Por él supe que estábamos en una playa de autos perteneciente a la Policía federal, en Olivara y Falcón, a metros de Rivadavia y Lacarra, entre Flores y Floresta.

Era Juan Carlos Rugilo, alias Serenata, compañero secuestrado en el Olimpo, hincha fanático de Vélez, sobrino de aquel mítico Rugilo que fuera arquero de la Selección Argentina y de Vélez, más conocido como El león de Wembley o La cortina metálica.

Serenata resistió a la locura con humor y con amor. Con humor, porque (fui testigo directo) de cuando aparecían periódicamente, El Capitán, alias Paco y el

fallecido, alias Siri a nuestro tubo y se jactaban de cómo lo habían seguido durante tiempo, antes de secuestrarlo, cosa que él, obviamente, no había advertido, y terminaban diciendo “Pero qué pelotudo” y “Chau, Pelotudo”, a lo que él contestaba “Sí, Señor” y Adiós, Señor”.

Hasta que un día de visita, en que el fallecido Siri, aún no había muerto en acción, a manos de su propia fuerza, luego del consabido acto de burla, sacó del bolsillo de su pantalón, una bala, posiblemente 9 mm, obligando a Serenata a destablicarse y diciéndole con acento lento y aliento etílico

-Mirá, Serenata. ¿Ves? Esta bala es para vos. A lo que El loco Serenata, atusando su cuidado bigote manubrio, respondió fresca y prontamente

-Yo le agradezco, Señor. Pero antes ¿no me lleva a ver a Vélez?

Y dije con humor y con amor, porque Serenata tuvo su amor en el Olimpo. Y fue ella, la que tenía un hijo afuera, un esposo desaparecido y estaba secuestrada junto con su suegra.

“La muerta” fue el nombre que “La guardia de los

petisos” le puso a Isabel Cerruti, porque habiéndosele retirado la menstruación después de su secuestro, pasaba los días tumbada en su tubo, hinchada por la amenorrea y abrumada por la situación.

Mori también resistió aquella locura con humor y con amor. Porque con humor, solo con humor, pudo responderle a su picaneador y torturador, Alias Pereyra, aún hoy de nombre desconocido, asesino del Olimpo, cuando le confesó

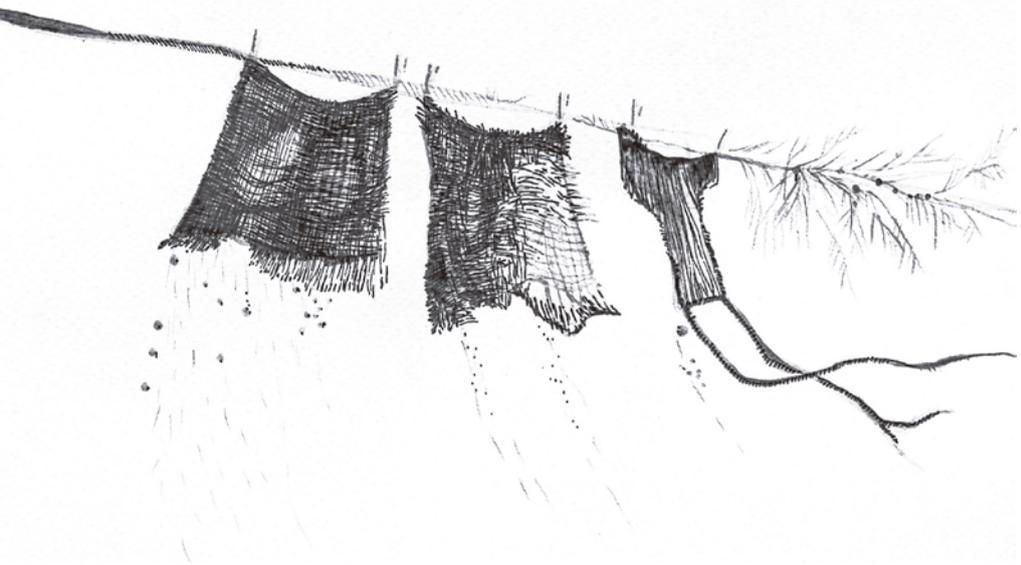
-¿Sabés una cosa, Morita? ¡Yo... Yo...Yo fui el que te dio la máquina! A lo que Morita, respondió rápida y burlonamente

-Déjese de joder, Pereyra. Esa sí que no se la creo.

Humor y amor entre El Serenata y La Mori, poco se vieron, pero se miraron sin permiso, se intuyeron, se adivinaron, se imaginaron cerca, juntos, solos, heridos, parecidos. Atraídos, enamorados. Humanos, hermosos, hermanos. Amor del Serenata y La muerta, muerta de amor; hoy viva y esperando el encuentro final con Serenata, el caballero furtivo, de bigote subversivo, de amor perdido y desaparecido.

*dia de la victoria en
olimpico*





I

Y las voces se corrían...

-Dicen que hay una flor.

-¿Una qué?

-¡Una flor chiquita, recién nacida!

-¿Acá abajo? Dale, boludo.

-Sí. En el tubo 21 del Sector 3. Dicen que pasó un rayito de sol por un agujero en la losa.

Y algunos pocos, pudimos ver esa insistente semilla de zapallo abriéndose a la vida; y la regamos todos por gotitas, hasta que agotada, tal vez de lágrimas, envejeció prematura y se fue oscureciendo como la negra noche en el Olimpo.

II

¡GUAU, GUAU! Noche... Sueño... Ladridos.

-Mmm.. Eh ¿qué pasa?

- ¿Oíste? ¡Perros!

-Si. Escuché. ¡Son perros ladrando!

-¡Están adentro!

-¿Acá abajo?

-¡No! Es en el pasillo del Concejo. Parece que trajeron perros.

Y algunos pocos, pudimos ver esos cuatro cachorros manto negro, descaderados por falta de calcio, que habían sido secuestrados, quién sabe, con su dueño. Condenados , quién sabe en cuanto tiempo a dejar de arrastrar sus indómitas ancas por lo misérrimos pasillos del Olimpo.

III

Llanto bajito.

-¿Escuchaste?

-Shhh. ¡Escuché!

Nuevo llanto de niño pequeño.

-¿Es un...?

-¡Sí! ¡Hay un pibe...!

-¡Shhh...! ¡Creo que sí!

-¿Un pibe acá? ¡Hijos de puta!

-Hijos de mil putas

Y en el Sector A de tabicados, el 29 de noviembre de 1978, todos pudimos ver a la compa Pato, embarazada de siete meses, matrona de esperanza y resistencia, aportando al futuro, a los codazos y con Victoria Poblete entre los brazos.

la cieguita que vio
colores

Y fue en la mañana primera, de aquella primera noche, que nos despertamos con nuestro disco de Charly muy, muy fuerte, pero no en casa. Y fuerte y más fuerte, alguien nos preguntaba:

-¡Pato, Chala! ¿Cómo mierda anda la máquina de coser? Mi yerno no la pudo prender.

-¿ Está rota o qué?

Colores era pelirrojo, oficial de la Policía Federal Argentina. Se llamaba Juan Antonio del Cerro y era dueño de una voz inconfundible, finita, aguda, inolvidable. Tanto como su enfermizo deleite de torturar con picana, acto que lo elevaba a lo más alto del terror diario y lo rebajaba a la peor y más abyecta conducta

humana.

Colores fue quien nos secuestró y torturó aquella noche y nos hacinó como animales de madrugada.

-¿Qué hace esa puta con tabique? Sáquenselo, pelotudos. ¿Para qué le sirve? JA JA JA...JA JA JA...

Y tras un coro de risas obsecuentes, una secuestrada, trabajadora, esposa, madre y ciega de nacimiento, fue obligada a marchar con sus ojos abiertos muertos y sin tabique, junto a otros secuestrados videntes, tabicados, por los pasillos del Olimpo.

-JA JA JA . ¿Estás mejor así, putita? ¿Eh? ¡Dale, dale, caminá! ¡Si total, no nos ves!

Y PASARON LOS AÑOS. Siempre pasan. Y llegaron tiempos de justicia. Siempre llegan. Y Juan Antonio del Cerro, Alias Colores, debió comparecer en rueda de presos, acusado de crímenes de lesa humanidad.

Entre los testigos del reconocimiento estaba La ciega. Paciente, esperó. Y al llegar su momento, se dirigió al oficial d turno y le preguntó con el mayor respeto

-Perdón, Señor ¿puedo escuchar sus voces?

Las peñas de
quintana

El Petiso Quintana, de nombre real Eugenio Pereyra Apestegui, Alférez 1º de Gendarmería, juramentó sobre la memoria de sus ancestros, que pasaría a la posteridad, y que el apellido familiar se cubriría de inmortal gloria, porque la historia del mundo le tenía reservado un lugar especial entre sus páginas mejores.

Y el Petiso Quintana lo logró, claro que no en el grado y orden y anhelado. Porque él, que se creyó Primer Oficial de Ceremonias y Supremo Comandante de espectáculos, emblemático amo y señor de artes musicales, y polifacético condenado gestor general de vida y muerte, en realidad, solo terminó condenado a cadena perpetua, como oscuro y vil represor, torturador

y asesino por crímenes de lesa humanidad, ocurridos en C.C. C. D. Olimpo.

Es que, el Petiso Pereyra, Alias Quintana, gustaba de organizar obligatorias periódicas reuniones nocturnas en el predio del comedor del Concejo del Olimpo, donde detenidos con privilegios, o sea secuestrados destabificados, condenados a esclavitud para tareas específicas, y parte de la población, hombres y mujeres tabicados, jóvenes en edad de merecer, debían compartir patéticas parodias de peñas musicales, cual jóvenes amigos argentinos en libertad y en democracia.

Era el Petiso quien me ubicaba en una silla colocada sobre una mesa, con una guitarra criolla y un vaso de vino, siempre tabicado, y me obligaba a tocar tangos, rancheras, valeses, chacareras, y una que supiéramos todos, rock nacional incluido. Y era El petiso Quintana quien dirigía a los gritos:

_ Vamos ya con un tanguito. Vení, Fulana, baila con Sutano...Cambien pareja, carajo. Vení, Petisa, dame un beso_. Y Petisa tenía que besarlo. Y, Bailen putas que las quiero ver con estos maricones de mierda, traidores a la Patria. Y donde los maricones de mierda se

abrazaban a las mujeres, se besaban al ritmo de la guitarra en la que sonaban tangos, rancheras, valeses, zambas, chacareras y una que supiéramos todos, rock nacional incluido. Hasta que la patota callejera de asesinos nocturnos regresaba al cubil con un nuevo cargamento humano y, encastrada de sangre, irrumpía en el comedor del Concejo del Olimpo y, a golpes, despachaba para sus celdas a todo participante masculino, incluido yo, para seleccionar a gusto y piacere a las mujeres.

Pero el que se creyó polifacético gestor de vida y muerte, emblemático amo y señor de artes musicales, y Supremo Comandante de espectáculos y ceremonias, solo terminó condenado a cadena perpetua, como simple y triste asesino y criminal de lesa humanidad.

*la misa de las
estrellas*

Supo ser de uso y obligación asistir durante los mediodías dominicales, a la misa de las estrellas, programa emitido por Canal 9, el canal de Romay. Así, se instalaba un televisor en el sector “Tabicados”, entre los tubos 10 y 11 y se acomodaba a los secuestrados de frente a la pantalla y se los destabicaba, de modo que pudieran seguir el rito católico sin interferencia alguna, situación que colisionaba ¡oh, sorpresa!, con la finalización del almuerzo en el Casino de Oficiales, seguramente, después de un brindis, para reafirmación de códigos militares de omerta, situación ideal para que los integrantes de la patota dominguera pudieran juntarse ante Dios y los Santos Evangelios, con los

subversivos secuestrados, detenidos y desaparecidos allí. Para convencerlos de volver al camino perdido y preguntarles sobre supuestas guerras futuras. Ejemplo: ¿La guerra con Bolivia? Y a voz alzada ¿Ustedes saben que Dios esta acá? Y ante la falta de rezo cristiano de los detenidos judíos que obviamente, desconociendo el Ave María y el Padrenuestro, trataban de repetir los textos reales con sonidos guturales semejantes y convincentes.

Hasta que alguien no logró vocalizar a tiempo y fue descubierto por el guardia recién almorzado y bebido y que lo denunció a su superior, que almorzado y bebido, lo espetó a viva voz ¿Cómo? ¿Quién? ¿Quién no rezó? Y como si el rezar o no, definiera un delito, una ideología, una actitud, una forma de vivir, y que, ante la falta de respuesta de la población obligada a mirar misa por televisión en ese lugar, el jefe de guardia de turno Alias El Alacrán, de nombre Ricardo Scifomódica, Comisario de la P. F. A. Jefe y de división de sustracción de automotores, terminaba con el rito cristiano y con católica decisión ordenaba

_ ¡Atención hijos de puta, al suelo. Carrera...

March!

-Conmigo, carrera, march. Alrededor mío, carrera,
march

-Hijos de puta! ¿Quién no rezó!

-¡Arrastrarse! ¡Alrededor mío! ¡Carrera March!

Hasta que cansada la guardia del diabólico juego, se retiraba del sector, dejando a la población, rehenes de la abyección fascista funambulescos y enclenques, sin dignidad, sin misa, sin almuerzo.

el gran traslado

Aquella noche, trastabillamos varias veces en el camión militar, debido a los constantes frenazos. Pero las amenazas de muerte a punta de ametralladora nos obligaba a abrazarnos al cuerpo más próximo para resistir esos 15 o 20 minutos de viaje eternos que duró el traslado del Banco al Olimpo.

Después de estacionar y apagar el motor, colocaron una rampa por donde descendíamos a tuestas, tropezando, con los ojos vendados y con los pies encadenados de a dos, mientras el capitán Paco, responsable máximo de nuestro secuestro, nos daba la bienvenida, jactándose ante propios, diciendo a voz en cuello “Estos también son clientes míos”.

A tuestas, con los ojos vendados, sin rumbo, con cadenas en los pies, pudimos entrar, oliendo nuestros propios fluidos humanos, producto del miedo y del terror, que se mezclaban con el aroma fuerte e inconfundible de una construcción en final de obra, con sus humedades y su polvillo.

Era el 16 de agosto de 1978, con una de las más bajas temperaturas registradas en Buenos Aires. Fue la noche en que se puso en marcha el Centro de Detención, Tortura y Exterminio Olimpo.

Nos distribuyeron de a pares, encadenados de pies y manos, en cubículos de 2 metros por 1 con 50, con dos camastros de cemento (los tubos). Solo vestidos con camisa y pantalón y jergón y frazada por pareja.

La tenebrosa creatividad del torturador fue en el Olimpo siempre infinita e ilimitada. No se trató solo del castigo o vejación corporal: trompadas, látigos, cadenas, ni de hacer oír con los ojos vendados los alaridos de dolor de una esposa, un hijo golpeado, picaneado o violado; ni el simulacro de fusilamiento, ni el no dejar dormir en horario. ¡NO! A alguien se le ocurrió juntar en una celda de dos ocupantes, a dos secuestrados del

mismo sexo, del mismo sesgo político, de la misma edad y víctimas de la misma enfermedad crónica catarral, el asma. Y así se los llamó “los asmáticos”. Y se les retiró toda asistencia médica hasta que, en crisis de apnea, pidieran socorro.

PERO...

La tortura enaltece a quien la padece.

La tortura empobrece a quien la enaltece.

La tortura padece a quien la enaltece y la empobrece.

y todo esto pasaba
mientras

Irma Nesich, Pequi, hoy desaparecida, era obligada a abortar a su bebé de cinco meses, que una vez arrancado de la matriz, fue usado como pelota de rugby por la patota militar asesina.

Lucía Tartaglia, Anteojo, hoy desaparecida, era llevada a parir adonde nunca llegó y de donde jamás volvieron ni ella ni su criatura.

“El Pato”, luego de secuestrado, golpeado y varias veces torturado, fingió colaborar y, maquillado, movilizó a toda la patota hasta una estación de tren, para cumplir una cita que nunca existió. El Pato, por fin, se arrojó a las vías del primer convoy que apareció.

El Nito, un represor, sacaba a pasear a las

embarazadas y detenidos por iglesias, capillas, y catedrales de la Capital Federal. A las primeras, al llegar el momento del parto, las fotografiaba con una empecible cámara Polaroid obtenida como botín de guerra.

Julio Simón, el Turco Julián, condenado hoy por la justicia por crímenes de lesa humanidad, agotado después de deambular luciendo un brazalote nazi, sojuzgando en especial a judíos y discapacitados , trataba de calmar su fundamentalismo ideológico, reposando en la parrilla del quirófano, nada más y nada menos que la cama donde se aplicaba la picana.

Pedro Santiago Godoy, Calculin, Oficial Primero de la P. F. A. prometía a los detenidos un futuro ideal. Serían llevados a granjas familiares de reeducación social, traslados que se cumplieron en los macabros vuelos de la muerte, donde Isidoro y Jesús Peña, Azucena Villafior, Santiago Villanueva, La Turca, La Chilena, y tantos otros compañeros, hallaron el destino final, sin saber que transitaban, solo como elegidos, el inexorable camino de la naturaleza.

Clemente, Chifo, Roberto y Eduardo llamaban a coro no ser subversivos, que solo eran ladrones comunes,

chorros.

Fuera se repetían los goles argentinos del mundial '78. Adentro, se torturaba aun más sistemáticamente a la chilena porque deliraba cuando se la picaneaba.

Mientras la eterna, complaciente y genuflexa corporación mediática, periodística pregonaba al mundo que “En Argentina somos derechos y humanos”, con la voz de José María Muñoz.

Suárez Mason, Alias Pajarito, Jefe del Primer Cuerpo de Ejército, traído a Argentina por Interpol, para ser juzgado por 23 secuestros y 43 asesinatos, indultado por Menem, procesado en Italia y condenado a perpetua, murió el 21 de junio de 2005, sosteniendo a rajatabla “No quiero ser el pato de la boda...”

No los olvidamos

Porque fueron

Secuestrados por tierra

Asesinados por fuego

Eliminados por aire

Y recuperados por agua

Para que, con los ojos de hoy debamos

Recordarlos como parte de la historia, por ser ellos,

por y para siempre “tan solo ojos”.

flores

-¿ Por qué? Y mientras caminamos en silencio por el pozo muerto, oprimidos por el recuerdo de los vivos, mientras me dice al oído que quiere saber pero no se anima a preguntar.

Deja la rosa roja allí en el pasillo, donde la vimos ya sin vida.

En el oído le digo, decíle que es donde está la rosa roja.

Le muestro la rosa

Y con la mano en el hombro de su amigo susurra: es mi mamá.

Te dejaban en libertad, ¿libertad?

No, sólo te sacaban del pozo

Te llevaron entonces a despedirte de tu mamá que estaba destrozada por la tortura en el piso de la enfermería.

Hace mucho que tuviste que irte lejos. Pero estás siempre en los juicios, en visitas, y cuando venía siempre, siempre dejas un ramo de jazmines en ese mismo lugar de encuentro y despedida.

Y en el aroma de los jazmines sentimos el amor de

madre a hija, siempre.

Era verano

Vino una señora y dejó un ramo de flores en la entrada
del pozo

¿quién es?

Y supimos, por que no fue la última vez.

La mamá de Pucchi, le traía el regalo a su hijo, su
ofrenda, su homenaje, su dolor inmenso, en el día de su
cumpleaños.

Año tras año, con paquetes de facturas para quienes
estábamos aquí.

Era dolor, era amor.

Era celebrar su vida

Las flores apra èl y las facturas para compartir

Aquel nacimiento, su vida y el vacío inmenso

Que aunque sea por un día

Se llena de flores.



relax

Buscar el lugar era buscarla a ella
preguntaron, recorrieron, consensuaron
donde sería
sí, allí estuvo, seguro allí

De las carteras salieron
esas hermosas velas
con los colores de la bandera chilena.

Y con cuidado y ritmo amoroso
fueron colocadas en hilera y encendidas
esas velas que eran para vos.

siempre hoy es ayer

-Bueno, te llamo.

-Sí... ya sé.

-No seas malo.

Hoy que puedo llamarte me restrinjo para no molestarte tanto y obligarte a respuestas: “Bien, todo bien, voy, no puedo”.

Se une el tiempo, me recosté pensando en vos, como siempre, ¿cómo ayer? No, el tiempo es uno.

El tiempo es uno. Se une el tiempo en la oscuridad de todo.

En el mismo centro vital del terror, te arrancaron de mí. A veces siento aún ese desgarró físico.

“Que me maten si eso te salva, “Que te salven,

aunque sean estos asesinos”. “Que no te pierdan”. “Que te dejen conmigo”.

En un instante todo. No hay pasado, no hay futuro ni presente, sólo vos y el desgarró visceral y anti-natura, impiadoso.

Una ciénaga nos hunde.

No soy capaz de replicar ni en palabras ni en señas, si quiera, aquel agónico momento que traspasó el más enorme de los horrores, del miedo, del amor.

Y preguntar por teléfono, con toda la piel encarnada en alarma de espanto:

-¿Cómo está? – y del otro lado- Está durmiendo.

Ya está, volví a vivir sin importarme morir.

Y siempre hoy es ayer. Como espere ayer el hoy.

(y hoy es ayer y hoy quiero sentir otra vez “Chau mami, me voy a dormir” y soy un poco más feliz.



pepe

Un Recuerdo del cajón de las Grandes pequeñas historias

Recuerdo, una vez...viajando..., en el subte, mi cabeza volaba entre estrategias, prácticas y afectos encontrados, cosas que perturbaban la vida cotidiana. Ya no me acuerdo que era, pero sí el sentimiento. Una oscuridad me opacaba entre el vaivén del vagón y las voces lejanas de quienes andaban su rutina.

Y justo allí... como el punto de fuga que ordena la perspectiva de la imagen estaba Pepe...como esperándome, con esa sonrisa que ilumina el espeso aire, con esa calma que uno encuentra en la ingravidez del huracán. Con esa seriedad de los que saben; con

esa frescura de la juventud.

Así era Pepe, sin pedir Él daba, sin buscarlo se lo encontraba.

Tiene esa mirada de los que saben atravesar el momento histórico, descubrir el sentido e inmortalizar lo fugaz para convertir la necesidad en satisfacción y dignidad.

Y... ahí estaba en el andén de casualidad, como esperándome, con la palabra precisa y la ternura que envuelven a los amigos del alma, la fortaleza y esperanza que caracteriza a los compañeros.

Su boina al costado, su silla revolucionaria, su fuerza inagotable para trabajar por lo justo.

Amaba la vida. Si hay que decir por qué militaba Pepe, debo decir por Amor, porque se donaba para el desarrollo de los otros, con la alta estirpe de su proclama a favor de la moral revolucionaria.

Gustaba dialogar, charlar y reír

Andar por las calles mirando, mirando los rostros.

Guitarrear y guitarrear

Animando encuentros, inventando celebración.

Con esa sch chilena,

Luchar y celebrar

Sin recursos, con una pequeñez, podía organizar la
lucha,

movimiento, ganar reivindicaciones

Nada de vueltas

Directo, de frente

Pero también abrigo de compañero y amigo.

Por eso... te vi por la ventana Pepe ...y....no lo podía
creer!!

Estabas ahí como esperándome para ayudar a
levantarme y seguir andando.

Triunfaste Aquí estás. Siempre presente.

Por eso me gusta viajar en subte porque por azar, tal
vez te encuentre en el andén

Hasta la victoria siempre

Compañero

las rochas

Las puertas se cierran,
Hora de dormir,
Acostada en la cucheta de de arriba,
El cuerpo gira hacia la puerta del tubo, en custodia.
Como si mirar la puerta sirviera para que no entren,
Para no escuchar, como si sirviera.
Por momentos se dormita,
Se cree que es el único que no duerme,
El único que:
Piensa, teme, sabe lo peor,
Espera lo mejor.
Por la mirilla se ve el agujero del techo, se ve oscuro.
Por ese techo ellos caminan y

La oscuridad prosigue,
Largamente,
Largamente.

El tiempo no pasa la oscuridad no pasa,
Pero luego cede
Ante la asombrosa, inconmensurable, maravillosa
luz

Que aparece y corre a la oscuridad lenta e inexorable,
Que va apareciendo.
Desde el agujero se ve el perfil de una claraboya
Se ven techos de chapa.

Pasó lo peor,
Un alivio de vida surca al cuerpo, surca la vida
Con la luz duermo y duermo.

tunnel de hormigas



Bueno, había muchas mujeres ahí. Estaba... me pareció haber escuchado el nombre de la Negra, que era una persona que atendía... Porque era, digamos, como una sociedad, como si fuera un hormiguero. Debajo de la tierra había como una sociedad, ...como un centro... Estaban los que lavaban, los que atendían en el baño, los que cocinaban. Gente con rostros lánguidos y paso débil realizan tareas sin voluntad...Veían sin mirar ... pero sus cuerpos hablaban de la indignidad a la que habían sido sometidos.

Siempre había chicos ahí. No recuerdo que haya momentos que no haya habido. Alguno corría por los pasillos. Había una chica que los cuidaba, así que las

madres parece que no estaban ahí. como si fuera una guardería,.....en una colchoneta en el piso, unos gateaban otros estaban como acostados.Bueno, se me hizo como un blanco en la cabeza por la imagen de los chicos, ahí gateando en una situación horrenda, porque es el peor de los infiernos. Si se lo quieren imaginar, imagínense, porque digamos, chiquitos, en medio de los gritos, toda gente lastimada, ..., un cierto grado de sadismo, cosas que uno puede escuchar de tormentos, porque siempre se escuchaba, a pesar de la música fuerte, de los ventiladores y de esas situaciones..., infancias castigadas a escenarios de insensibilidad y dolor.

hacerse en instantes

Se llamaba Mariano, le contaba que había soñado con mi hijo, que no me reconocía... No sé por qué. Me acuerdo esto, que estaba en el tubo, que estaba sentado conmigo en el tubo charlando, no recuerdo bien a qué venía, y él me contaba que hacía mucho tiempo que estaba ahí, como que había tenido que dejar la historia de sus hijos fuera, como diciendo..... Me acuerdo de esa situación de este ..., de este compañero.

cantar para siempre

Me obligaban a tocar la guitarraTengo una tristeza muy grande de ver el canto. Nunca más toqué la guitarra, es como que quedaron ahí mis cantos y mis manos en ese tinglado. Por suerte mis hijos tocan la guitarra, así que se sublimó en ellos.

Nos obligaban a cantar. En una oportunidad cada uno en un tubo nos hacían cantar, y ahí empezó... creo que era Puchi, que empezó a cantar una canción, creo que era "Vamos a vencer". Empezó él a cantarla y una y otra voz se empezó a alzar entre las paredes y de repente todos los tubos empezaron a cantar.....Fue el coro eterno en mi memoria que aun en ecos imaginarios traen los vientos y se sigue cantando Vamos a Vencer.

apostar a la vida

Tuvimos un período de vigilancia desde que nosotros salimos el 22 de diciembre de 1978 hasta el '83. Yo a ese período le llamo secuestro disimulado, porque fue una forma de estar secuestrados en la sociedad. Tuvimos que tener una doble vida, sin decir nada a nadie,... Éramos parias, no queríamos contaminar con la mirada de los vigiladores. De repente nos subían a un auto... . Me amenazaron ... o por ahí yo estaba haciendo algo y de repente Carlos no aparecía, no sabía dónde estaba, si volvía, si no volvía. Y dijimos “¿Qué hacemos?”, “Bueno, vamos a apostar a la vida”...,y tuvimos hijos. Ellos son apuestas a lo humano, a creer que el hombre puede mejorarse y que podemos mejorarnos los unos a

los otros. Prefiero creer en la memoria y la justicia. Como escribió Camus : Porque no importa lo duro que el mundo empuje en mi contra, dentro de mí hay algo mejor empujando de vuelta”.

nacer
ausencias
búsqueda de la identidad

Nacer

Era agosto de 1977, yo estaba ahí, pero aún no. Mi vieja venía escondida, más que antes.

El embarazo es un proceso largo, complejo, con muchas sensaciones, necesidades y extrañezas. Atravesarlo entre persecuciones y clandestinidades potencia todo eso y lo hace inimaginable.

El obstetra atendió el embarazo, como pudo, a los tumbos y le sugirió enfáticamente que no tuviera a su hijo en un hospital. Por eso, el 22 de agosto, rumbeamos para Parque Chas. Así, dando vueltas, llegamos a su casa.

No fue fácil, nunca lo es. Duró 24 horas el trabajo de

parto y la convocatoria urgente a una partera vecina para que ayudara. ¿Nació? Si, salió de la panza. ¿Pero nació? Parece que durante unos minutos que pudieron ser infinitos mi vida pendió de un hilo. Era la primera vez, no sería la última.

Pero acá estoy, ¿no? agosto de 2017, cuando escribo estas líneas. Así que sí, nació.

Luego fuimos a la General Paz. Volvimos a la casa de mis abuelos. Siempre ellos, Teresa y Pierino, siempre juntos.

El omnipresente Juan Carlos, ese tío que estaba y está siempre. Que aunque en ese momento no lo supiera iba a estar en un momento crucial de mi vida.

Ausencia (s)

Allí me crié, en Villa Raffo, Sáenz Peña. A mi me gusta decir así, aunque los puristas digan que son dos barrios distintos.

Un barrio hermoso. No porque sea particularmente lindo, ni porque haya algún paisaje memorable, sino porque es mi barrio, allí está mi gente, mis recuerdos y mi presente. Villa Raffo es un barrio de laburo, de

profesionales, de industrias y de escuelas. Está en el límite con la Capital, tiene un ojo en Devoto y el otro en Caseros.

Villa Raffo es la presencia de mis amigos, mis maestras y maestros, pero también la marca a fuego de la ausencia.

La más notoria, la más importante ausencia que sentí hasta noviembre de 2015 y febrero de 2016.

Ernesto Eduardo Berner, así por su nombre completo hay que llamarlo, nació el 2 de julio de 1954 y fue la segunda generación de hombres del derecho que se involucraron en la cosa pública. La segunda generación que decidió que el bien común era lo suficientemente importante para poner en juego sus bienes, su familia, su prestigio, su libertad e incluso su vida.

Ernesto Berner, así por su nombre completo hay que llamarlo, nació el y fue la primera generación de Berner nacidos en Argentina. Al menos en esta rama familiar. El decidió hace ya muchos años que el bien común era lo suficientemente importante para poner en juego sus bienes, su familia, su prestigio, su libertad e incluso su vida.

De mi abuelo tengo sus historias y los retazos de información que han llegado hasta aquí. Militó en la UCRI, la mas progresista de las líneas del radicalismo. Un radicalismo con el peronismo proscrito. Fue Senador por la Primera Sección electoral de la Provincia de Buenos Aires. Siempre se preocupó por sus vecinos, por su calidad de vida y por la política. Nos dejó escritos sobre la Patria Grande y la integración sudamericana que aun hoy merecen ser leídas.

También fue perseguido, con el golpe del '66 lo cesaron en su cargo de senador y sufrió las penurias de esa dictadura, menos sangrienta, pero dictadura al fin. Sin embargo, no dejó de creer en las luchas políticas y ese espíritu sin dudas trascendió a su generación y fue parte del legado que recibimos su hijo y su nieto.

Con el tiempo la ausencia de mi viejo mutó. Hasta hace 6 años siempre pensé en aquello que me perdí como hijo. Los juegos, aprender a jugar al futbol, disfrutar de ir a la cancha. En fin, cosas que los hijos disfrutaban – o sufren – con sus padres.

A partir del 19 de mayo de 2011 esa ausencia mutó. No fue imperceptible, fue estruendoso. Cada minuto de

criar a mis hijos me pone frente a la ausencia mas dura, mas terrible, mas real y concreta: Todo aquello que Popo se perdió porque lo desaparecieron. Sentir a su hijo crecer en la panza, sus pataditas, sufrir con el parto, cambiar los pañales, recostarlo en su pecho para sentir los latidos de sus corazones unidos. Tomar su mano, sentir su mirada, abrazarlo, reír, llorar, emocionarse. Enseñarle las primeras palabras, verlo dar sus primeros pasos.

Luego de que nacieron Victoria y Augusto la ausencia de mi viejo es aún más emocionante.

Búsqueda e Identidad

¡Ah! la identidad, ese conjunto de características que hacen que una persona sea esa y no otra. Que fácil de definir, que difícil de explicar.

Sin dudas la historia personal es parte ineludible de la identidad. En nuestros casos se hace más patente aun que nuestra propia historia está ligada indisolublemente a la historia colectiva. Pero insisto, todas las historias personales están ligadas indisolublemente a la historia colectiva.

Tomate un minuto y pensalo. ¿Quiénes fueron tus padres? ¿Quiénes fueron tus abuelos? ¿Por qué estás acá? ¿Fue simple capricho de nuestros progenitores y ancestros? Sin dudas que la respuesta es colectiva, que fueron parte de los ciclos, de las luchas, de las tragedias y de las felicidades colectivas.

Durante el jardín maternal las maestras cuando tomaban lista me llamaban “Norberto Carlos”. Al resto de mis compañeritos los llamaban por nombre y apellido. No era una propensión particular a las telenovelas centroamericanas. Como mi viejo estaba desaparecido aun antes de mi nacimiento, me inscribieron con el apellido de mi mamá. En el DNI era Norberto Carlos Cerruti. Pero en 1979 y 1980 aun teníamos esperanza. Por eso las maestras no querían que me acostumbrara a usar un apellido que no sería el mío.

Cuando llegó el momento de ir a la sala de tres mi camino se cruzó con quien sería uno de mis mejores amigos. Cuenta la leyenda familiar que con Sebastián jugábamos en la vereda de la peluquería de Nelly donde se atendían nuestras abuelas y se reunían a charlar. Teníamos dos años y medio. Mi mamá y Liliana, la mamá

de Seba, conversaron sobre las posibilidades de la escuela. Nunca supe bien quien convenció a quien, pero lo cierto es que ambos comenzamos salita de tres en el Brighton y estudiamos juntos hasta el final del secundario.

Cuando empezaron los tramites para anotarnos en esa escuela (bilingüe porque según dice mi madre montonera, un poco en serio un poco en broma, había que conocer el idioma del enemigo) surgió la necesidad de asentar mi nombre en los registros oficiales.

Ante esa situación mi abuelo Ernesto Berner, acompañado por toda la familia, me reconoce como hijo. De ese modo pude usar mi apellido.

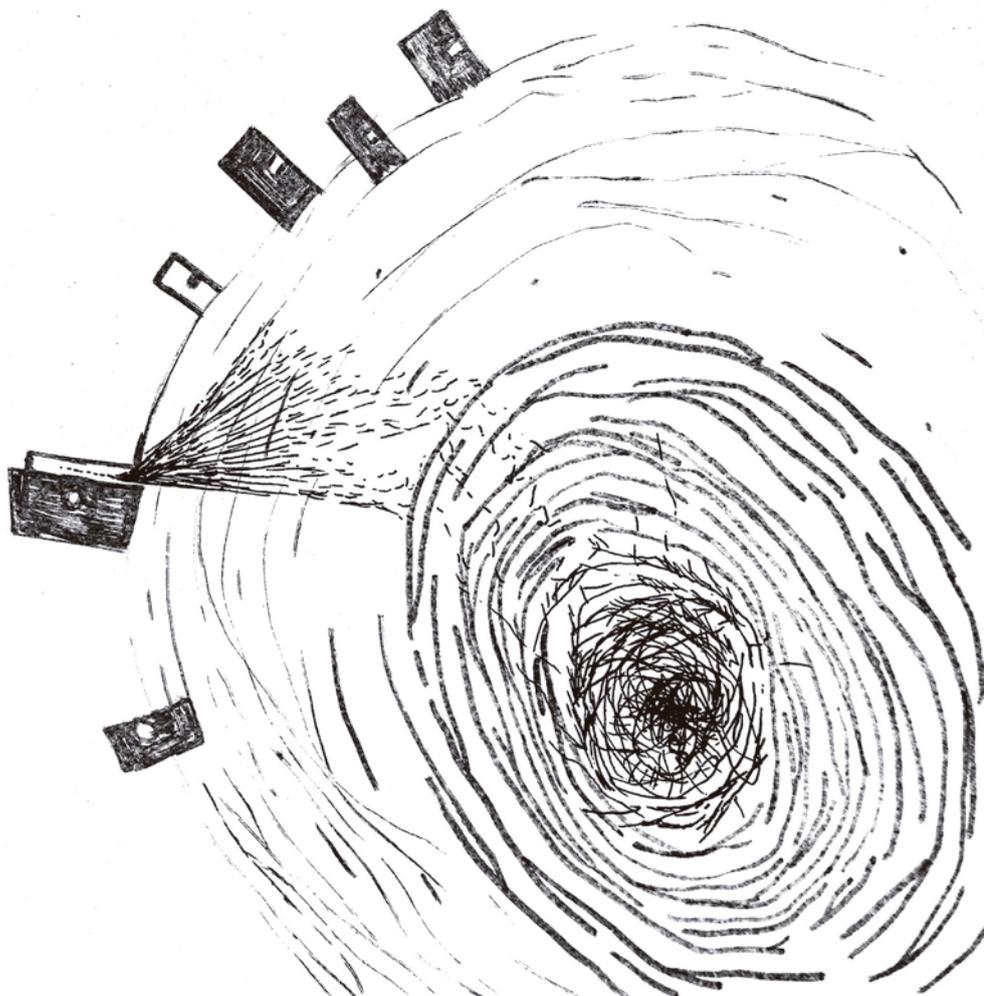
Durante muchos años fui hermano de padre e hijo de mi abuelo.

A partir de mi propia militancia y la construcción social que se desarrollo en nuestro país a fines de los ´90 y principios del 2000, sumado a las enseñanzas recibidas en la materia “familia y sucesiones” en mi carrera de abogacía, surge la idea de recuperar mi identidad, mi estado de familia.

Aunque parezca exagerado conseguir hacernos el

ADN fue una tarea titánica desde lo humano, lo personal y lo familiar.

Tuve que hacerle un juicio de filiación a mi padre y a mi abuela. El Estado represor me obligó a eso para recuperar mi filiación, pero aquí estoy redactando este texto impulsado por el Sitio para la Memoria del Ex Centro Clandestino de Desaparición y Exterminio “Olimpo”. Un sitio de memoria que solo pudo existir gracias a ese otro Estado, aquel de Néstor pidiendo disculpas ante la Ex ESMA, el de Cristina generando y sosteniendo las condiciones para que la Justicia, esa con jota mayúscula vaya llegando. Justicia que nunca es completa, sobre todo cuando llega tarde, pero menos aun cuando retrocede. Por eso mas que nunca hay que escribir, hay que hablar y hay que estar para que esa Justicia finalmente anide para siempre en nuestra patria.



posdata

No los perdones,

Padre

Ellos saben

Lo que hacen...

